

Agustín Laje Arrigoni (2025) “*Globalismo. Ingeniería social y control total en el siglo XXI*”. Harper Collins. España.

Por: Clever Albeiro Mora Peña<sup>1</sup>

Fecha de Recepción: 12 de enero de 2026

Fecha de Aceptación: 22 de abril de 2026

### Resumen del Libro

Los libros del argentino Agustín Laje siempre provocan demasiadas polémicas. La aparición de “*Globalismo. Ingeniería social y control total en el siglo XXI*” es una invitación a discutir sus ideas.

Al adentrarse en *Globalismo. Ingeniería social y control total en el siglo XXI* pronto se descubre que en él te enfrentas a dos problemas cruciales, un clásico y otro moderno. El clásico es que, es una suerte de arqueología de la ingeniería social, mientras que el moderno se refiere al papel que esta ingeniería tiene en nuestros días. Cuando estaba leyendo el libro recordé los días en que durante mi estancia en la universidad creíamos que la ingeniería social nos iba a salvar: si la sociedad tenía un problema, los ingenieros sociales elegirían la mejor solución. Sin embargo, este proyecto fracasó por completo...

Fracasó porque el hombre tiene la libertad. A pesar de esto, la idea de la ingeniería social es tratar al hombre como si fuera una máquina programable para hacer una tarea concreta, para comportarse de una forma determinada, para pensar de una manera específica, pero el hombre no es nunca una máquina y el conocimiento de la ingeniería social siempre es limitado. A pesar de esto, la ingeniería social se revela como un claro mapa mental que muestra cómo debería ser la gente, cómo debería comportarse, cómo debería intercambiar, cómo debería producir, qué debería creer, qué debería pensar, por quién debería votar.

La ingeniería social sueña con toda la posibilidad de tratar al hombre como si fuera un conjunto de circuitos, cables e incluso como un código de computadora. De hecho, la idea de *ingeniería social* es un concepto único y particular en el mundo industrial, donde el ingeniero es el fabricante de las máquinas. En nuestro mundo postindustrial, podríase hablar de un claro programador social o de un creador de algoritmos en el ámbito de la vida social.

Sin embargo, la ingeniería social falla o el programador social falla, porque la información que puede tenerse no es capaz de mostrar todos los datos sobre los comportamientos, los pensamientos y la cultura de las personas. Esto es muy peligroso, pues cuanto más falla la ingeniería social, más se convence la gente de que está fallando por falta de poder, por falta de coerción. Esto provoca que los mecanismos represivos de los Estados para tratar de moldear la sociedad se vuelvan más duros y terribles.

La idea de la ingeniería social en su versión más extrema es, los totalitarismos del siglo XX, que también fracasaron: el único lugar donde la ingeniería social existía como un producto exitoso para lograr el control total sobre el ser humano fueron los campos de concentración. Estos eran los únicos lugares donde la libertad podía ser tan aplastada que el hombre se convertía en un número y perdía su identidad y todos sus derechos. Solo en ellos se podía generar el efecto que el líder del campo de concentración predefinía.

<sup>1</sup> Abogado Cum Laude (ULA-Venezuela) Profesor de Metodología del Derecho y de derecho Agrario en la Escuela de Derecho de la FACIJUP-ULA. Especialista en Educación Rural. *Magister Scientiae* en Derecho Agrario y Desarrollo Rural. Coordinador de la Maestría en Derecho Agrario y Desarrollo Rural CERA-FACIJUP-ULA. Es Profesor de Ley de Tierras y Desarrollo Agrario de Venezuela en la Maestría homónima. E-Mail: elmunicipiorural@gmail.com

Cuando se mira el mundo del *globalismo* se encuentra con una realidad *escalofriante*: muchos se han olvidado de que la humanidad existe y, tal vez por esto, empezaron a aparecer grupos tribales muy violentos. A veces se piensa que se está en los albores de un nuevo *totalitarismo* que está en manos de las minorías que solo buscan *vengarse*.

Me gusta la palabra *tribal*, porque contrasta con la palabra *popular*. El totalitarismo del siglo XX siempre apelaba a la idea de un pueblo monolítico, ya fuera en términos de clase social, de raza o incluso de una nación. Ahora, los *riesgos totalitarios* del siglo XXI, ya no provienen de *mayorías homogéneas*, sino de *minorías ultravictimizadas* que forman grupos tribales que empiezan a exigir una serie de tratos desiguales ante la ley para reparar los daños reales o imaginarios que han padecido a lo largo de la historia.

Hay grupos tribales para todos los gustos, pero también existe un fenómeno actual que es muy peligroso. Se refiere al que da título a este libro: el globalismo hoy campea en el planeta. El globalismo no es otra cosa más que una forma de control político que no corre por cuenta del Estado, sino por entidades supranacionales. Se está hablando de cuerpos supraestatales que aumentan sus atribuciones, que crean unas agendas para las naciones cuyos ciudadanos no discuten ni definen. Es más, ni siquiera las votan o las aprueban, sino que simplemente les son impuestas. Estos organismos internacionales avanzan a tal velocidad que en las Naciones Unidas -cuando se presentó la Agenda 2045- se exigió un decremento de soberanía a las naciones para fortalecer la gobernanza global. Incluso se propuso la creación de un sistema de impuestos global para financiar a los organismos internacionales, además de los nacionales. Este es un nuevo contexto, es un contexto donde ya no hay un pueblo, sino minorías, hay grupos tribales, y ya no hay un Estado opresor, sino que aparece otra bota que aplasta aún más gracias a los organismos supranacionales.

Durante muchos años se aprendió y repitió una idea de la Ilustración: un Estado es la suma perfecta de un territorio, unas leyes y una población. Incluso se aprendió que su principal valor es la *soberanía política*, pero hoy se enfrenta a una *criatura* absolutamente distinta.

La idea del Estado-nación que se aprendió en la escuela se refiere a un ente vivo que tiene una fecha de nacimiento y, además, puede tener una fecha de caducidad. El nacimiento del Estado moderno estaba caracterizado por una serie de ideas precisas: en el *Leviatán*, Hobbes le atribuía un alma que se llamaba "*soberanía*". Este concepto va de la mano con el desarrollo del Estado moderno a lo largo de los siglos. Todos los filósofos políticos la abordaron desde diferentes ángulos. Hobbes estaba convencido de la *soberanía absoluta*. Locke buscaba conducirla por el camino del liberalismo clásico y alejarla de la vida, la libertad y los bienes privados de los ciudadanos. Rousseau la entregó al pueblo. Efectivamente, la soberanía acompañó la vida de esta criatura llamada "*Estado moderno*".

El problema es que esa soberanía dependía de un territorio bien definido para saber hasta dónde llegaba el poder de esa autoridad estatal y también dependía de la presencia de un grupo humano unido en lo que se llama una "*nación*". Pero hoy todo esto está en crisis: el tema de las fronteras, el asunto del derecho internacional público (el cual se ha colocado por encima del derecho nacional) el crecimiento y el aumento del poder de los tribunales internacionales son algunas de las nuevas señas de identidad. Hoy se espera el veredicto la Corte Penal Internacional de Justicia de la ONU sobre los conflictos en oriente medio, y en el continente se espera las palabras de la Corte Interamericana de Derechos Humanos. Todos están a la espera de lo que decida la instancia supranacional.

Se está en un punto de inflexión, se está dejando atrás la estructura de gobierno del Estado para pasar a una nueva forma de gobierno: una gobernanza global, que es el tema del libro. El

problema es que los mecanismos para limitar el poder parten de la premisa de que se está siendo gobernado por un Estado moderno. Un ejemplo muy claro es la Organización Mundial de la Salud. Esta fue la que marcó las pautas sobre cómo enfrentar la pandemia de Covid-19. Y, en este momento, esa misma organización ha propuesto un tratado internacional sobre las pandemias para que, en los eventos del futuro, los países soberanos le cedan su poder con tal de que tenga más atribuciones políticas sobre los pueblos. No es que ya exista un gobierno global en este momento, el problema es otro: hoy se están creando las bases para que el poder salga de las manos del Estado nacional y se fusione con las élites globales.

Una cosa es la *globalización (entendida como aceleración de los intercambios comerciales sobre todo entre los pueblos)* y otra cosa es *globalismo* como una concentración de atributos políticos. La globalización es un bien para todos en la medida que genera un contacto entre los pueblos. Kant soñaba con esto, pero cuando las decisiones de tu nación quedan en manos de burócratas internacionales, la democracia se convierte en una pantomima, se vuelve una ilusión. Se ha de separar esas 2 dimensiones cognoscitivas: una cosa es estar económicamente integrado; y otra diferente, es estar políticamente integrado, cediendo derechos democráticos a los organismos internacionales que al final definen tu destino.

Se espera que el nacionalismo del siglo XXI sea un freno para los apetitos de las potencias supranacionales. El pueblo no puede perder el control de su destino, eso es absolutamente antidemocrático. Pero también se espera que el nacionalismo entienda que está en un contexto de globalización, y que este contexto se le da la oportunidad de reafirmarse como nación en un intercambio pacífico con otros países.

